
américa del norte

• • • • •

La recuperación de Estados Unidos. Dos evaluaciones*

La economía estadounidense tras la expansión

WILLIAM F. CLINTON

• • • • •

Hace dos años propuse una nueva estrategia económica que ahora, dos años después, ha empezado a rendir frutos. En la actualidad existe un entorno que ha permitido al sector privado estadounidense crear más de cinco millones de empleos; los del sector industrial crecieron todos los meses de 1994 por primera vez desde 1978. Hemos disminuido el déficit del presupuesto federal durante tres años consecutivos y contenido la inflación; la burocracia federal será en breve la más reducida de las tres últimas décadas. En sólo dos años se han abierto más oportunidades comerciales que en cualquier otro período similar desde hace una generación.

En suma, las perspectivas económicas de Estados Unidos han mejorado considerablemente en los dos últimos años y se seguirá avanzando en 1995, año en que aumentará la producción, disminuirá el déficit y se crearán puestos de

trabajo. La economía estadounidense es hoy la más fuerte del mundo. También está llena de oportunidades y esperanzas.

No obstante, el nivel de vida de muchos estadounidenses no ha mejorado en la misma medida que la economía. En los últimos 15 años los estadounidenses con más estudios y mayor flexibilidad para buscar nuevas oportunidades han visto aumentar sus ingresos, pero el resto de nuestros trabajadores ha sufrido una reducción o estancamiento de los mismos. Un Estados Unidos que, en sus mejores momentos, siempre creció al unísono, ahora lo hace por separado.

Debemos hacer posible que el pueblo estadounidense invierta en la educación de sus hijos y en su propia formación y habilidades, porque esto es la esencia del nuevo pacto o, dicho más llanamente, la oportunidad económica que se nos presenta a cambio de que la gente asuma su responsabilidad personal.

Nuestra estrategia económica ha sido clara. Primero, hemos procurado reducir el déficit para incrementar la cuota de recursos económicos nacionales a disposición de la

inversión privada. Al mismo tiempo reorientamos la inversión pública con miras a preparar al pueblo y la economía para el siglo XXI y reducir el gobierno de ayer para contribuir a resolver los problemas del mañana mediante la disminución de departamentos y normativas innecesarias y el término de programas que perdieron su razón de ser. Hemos expandido el comercio y estimulado las ventas estadounidenses en mercados extranjeros.

Durante más de una década el gobierno federal gastó mucho más de lo que recibía y pidió préstamos para salvar la diferencia. Como consecuencia, en 1992 el déficit federal ascendió a 4.9% del PIB y nuestro país dejó de ser el principal acreedor para convertirse en el mayor deudor del mundo.

Como resultado del conjunto de medidas para reducir el déficit (aprobadas como ley en agosto de 1993), en el año fiscal de 1994 éste fue de 50 000 millones de dólares menos que en el ejercicio anterior. De hecho, fue casi 100 000 millones de dólares inferior a lo previsto antes de entrar en vigor nuestro plan presupuestario. Éste reducirá el déficit en 616 000 millones de dólares del año fiscal de 1993 al de 1998; la propuesta para 1996 incluye una

* Se reproducen los artículos que el Presidente de Estados Unidos y el Presidente de la Reserva Federal del mismo país publicaron en el diario madrileño El País, el 26 de febrero de 1994. Comercio Exterior hizo algunos cambios editoriales.



n suma, las perspectivas económicas de Estados Unidos han mejorado considerablemente en los dos últimos años y se seguirá avanzando en 1995, año en que aumentará la producción, disminuirá el déficit y se crearán puestos de trabajo

disminución adicional de 81 000 millones hasta el año fiscal 2000.

Sin embargo, al tiempo que dábamos los pasos necesarios para reinstaurar la disciplina fiscal en el gobierno federal, trabajamos para reorientar la cartera de inversiones del gobierno a fin de preparar al pueblo y la economía estadounidenses para la competencia del siglo XXI.

En la nueva economía de la era de la información, la preparación y la educación tienen la máxima importancia. Aprender debe convertirse en una forma de vida; mediante la Ley de Oportunidades del Colegio al Trabajo, hemos creado asociaciones con colegios y empresas para asegurar que los jóvenes transiten con éxito al mundo laboral. También hemos reformado radicalmente el programa de préstamos a escuelas universitarias.

Por último, proponemos que los miles de millones de dólares que el gobierno gasta ahora en docenas de programas de formación se pongan directamente a disposición de los estadounidenses que trabajan. Queremos que ellos decidan cuándo y qué conocimientos necesitan adquirir para conseguir nuevos o mejores trabajos.

La innovación tecnológica es la fuerza motriz de la nueva economía mundial. Por ello nos hemos comprometido a impulsar la innovación en el sector privado y apoyar cruciales proyectos tecnológicos, científicos e

industriales; un rápido despliegue y comercialización de tecnologías civiles, y el financiamiento de infraestructuras tecnológicas en el transporte, las comunicaciones y la industria.

Hace 50 años, la Declaración de Derechos de la Propiedad Estatal contribuyó a transformar una economía orientada a la guerra en una de las economías de más éxito en tiempo de paz de la historia. Hoy, después de un final pacífico de la guerra fría, los estadounidenses de clase media tienen derecho a entrar en el siglo XXI con las mismas oportunidades de alcanzar el sueño americano.

Pero nuestros esfuerzos por preparar al pueblo estadounidense para competir y ganar en la nueva economía mundial estarán condenados al fracaso si no logramos ampliar el comercio e impulsar las exportaciones de productos y servicios estadounidenses al resto del mundo mediante el Tratado de Libre Comercio (TLC) y la Ronda de Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT).

Sin embargo, nuestro compromiso con el comercio libre y leal va más allá del TLC y el GATT. La cumbre de países americanos del pasado mes de diciembre sentó las bases para la creación de mercados abiertos en todo el hemisferio occidental. El grupo de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) trabaja para

incrementar las oportunidades de inversión y de ventas en el Extremo Oriente.

Estamos convencidos de que en ambas regiones se producirá una expansión económica y se elevará el nivel de vida, y Estados Unidos está bien situado económica y geográficamente para participar de esos beneficios.

En esta época de cambios rápidos, los estadounidenses tienen que ser capaces de aprovechar las nuevas oportunidades de la economía sin sacrificar su seguridad económica personal. Mi gobierno sigue empeñado en proporcionar cobertura de salud a todos los ciudadanos y contener los costos de atención sanitaria para las familias, las empresas y los gobiernos. Éste debería ser el año de la reforma del mercado de la salud, para hacer accesible la cobertura de los hijos; ayudar a los trabajadores que pierden el empleo a conservar el seguro médico; despejar el terreno de juego de los profesionales autónomos dándoles el mismo tratamiento impositivo que a los demás negocios, y ayudar a las familias a proporcionar atención prolongada a un padre enfermo o un hijo incapacitado.

Quitar el poder a las burocracias federales y devolverlo a las comunidades e individuos es algo que todos deberían apoyar. Es preciso acercar el gobierno a la gente a quien se supone debe servir. Sin embargo,

aunque sigamos reinventando el gobierno federal, reduciendo normativas y departamentos y transfiriendo programas a los estados y comunidades donde los ciudadanos del sector privado pueden hacer mejor las cosas, no debemos despreciar los beneficios que se han desprendido de la acción nacional para los intereses del país: alimentos más seguros para nuestras familias, juguetes más seguros para nuestros hijos, asilos más seguros para nuestros padres ancianos, coches y autopistas más seguros y lugares de trabajo más seguros, aire y agua más limpios. Podemos proporcionar mayor flexibilidad a los estados al tiempo que seguimos velando por el interés nacional y proporcionando ayuda cuando se necesita.

A principios de 1995 nuestra economía es, en muchos aspectos, tan fuerte como siempre. El crecimiento de 1994 fue sólido,

potenciado por el fuerte gasto en inversión, y la tasa de desempleo descendió en más de un punto. Las exportaciones aumentaron, se recobró la confianza de los consumidores y el porcentaje del gasto discrecional federal respecto al PIB alcanzó su cuota mínima en 30 años. En 1995 el gasto de los consumidores conservará sus niveles altos, al igual que las inversiones. El gobierno prevé que este año la economía se mantendrá en crecimiento y que no se perderá el camino de crear ocho millones de puestos de trabajo en ocho años. Con todo, como vivimos en una economía cada vez más internacional, en que la gente, los productos, las ideas y el dinero cruzan las fronteras nacionales a la velocidad del rayo, intentemos sacar provecho de estas nuevas condiciones incrementando las posibilidades de educación y formación y ampliando las fronteras del comercio libre y leal para todos. ②

crediticia. Resultaba evidente el peligro de abusar de esa política de libertad, sobre todo cuando entramos en 1993, pero era difícil determinar el momento adecuado para cambiar de rumbo. A juzgar por la evolución de 1994, parece que el viraje político de febrero fue oportuno, pero no estaremos seguros hasta que lo veamos en retrospectiva.

Un ingrediente clave para elevar la productividad, los ingresos reales y el nivel de vida ha sido la estabilidad de precios. Por ello, es crucial mantener la reciente tendencia de baja inflación y de inflación –esperémoslo– a la baja en los próximos años. Las perspectivas al respecto son básicamente buenas, pero hay razones para preocuparse, al menos a corto plazo. Esas preocupaciones radican, sobre todo, en que las tasas de utilización de recursos han llegado a niveles altos frente a recientes modelos históricos. La tasa de desempleo, por ejemplo, es comparable al promedio de los años ochenta, cuando los sueldos y los precios se aceleraron sensiblemente. Lo mismo puede decirse de la tasa de utilización de la capacidad industrial.

Uno de los factores al juzgar los riesgos inflacionarios en la economía es, claramente, el potencial de expansión de nuestra capacidad productiva. Si el llamado PIB potencial crece con rapidez, la producción real puede también hacerlo sin que se intensifiquen las presiones sobre los recursos. A este respecto, muchos analistas, entre los que me incluyo, han señalado que hay algo más, aparte del carácter cíclico, en la mejora evidente de la capacidad competitiva de Estados Unidos en los últimos años. Nuestro dominio en el sector de programas informáticos, por ejemplo, nos ha hecho recuperar nuestro claro liderazgo en tecnología avanzada. Sin embargo, aunque la mayoría de los expertos han revisado al alza sus cálculos del crecimiento a largo plazo de la productividad, aún es pronto para juzgar si esa mejora de unas cuantas décimas anuales, o incluso más, nos acercará al ritmo más trepidante que caracterizó los primeros años tras la segunda guerra mundial. No obstante, cabe señalar que el hecho de que las tasas de utilización de mano de obra y de las

Perseverar en la senda monetaria no inflacionaria

ALAN GREENSPAN

La economía estadounidense ha registrado algunos logros notables en los últimos años, pero queda mucho por hacer. Las decisiones en el terreno fiscal que tome el Congreso en los próximos meses tendrán un papel determinante en el bienestar económico de los ciudadanos en los años (de hecho, decenios) venideros.

No hay duda de que 1994 fue un año de excepcional progreso en numerosos aspectos del rendimiento macroeconómico. Los cálculos oficiales del último trimestre no están aún disponibles, pero es evidente que el PIB real creció casi 4% en 1994, el mejor desempeño en mucho tiempo y muy por encima de las expectativas. Asistimos también a una expansión acelerada del empleo: el total de empleados en nómina ha crecido cerca de seis millones en dos años, en tanto que la tasa de desempleo ha caído por abajo de 5.5 por ciento.

Una característica muy importante del mantenimiento de este progreso es que se logró sin deteriorar la tasa global de inflación. El índice de

precios al consumidor subió 2.7%, igual que en 1993. Conforme al índice de precios al consumidor, la inflación entre los minoristas fue poco menos de 3% en los tres últimos años, por primera vez desde principios de los sesenta. Es un dato significativo porque marca un avance hacia un clima más estable en que familias, empresas y organismos gubernamentales pueden hacer planes con mayor confianza y operar con más eficacia. Cuando hablamos de una probable tendencia al alza del índice de precios al consumidor, parece que estuviéramos cerca de alcanzar una estabilidad efectiva de precios, pero aún no lo hemos logrado.

En 1994 sufrimos un serio revés en la política monetaria. La deuda excesiva y las tensiones surgidas entre nuestros intermediarios financieros, sobre todo a causa del derrumbe comercial de bienes inmobiliarios de finales de los ochenta, requirieron una gran dosis de libertad monetaria a partir de 1989 para aliviar una significativa crisis

fábricas hayan aumentado más o menos igual que un año antes apunta a que la tasa de incremento del potencial está muy por debajo del 4% de crecimiento en 1994.

Obviamente, conocer con antelación nuestro verdadero potencial de crecimiento sería útil para establecer una política, porque la historia nos enseña que las economías ejercen demasiada presión sobre los trabajadores, y los límites de las reservas de capital tienden a engendrar una inestabilidad inflacionaria que mina el crecimiento. Además, en un ambiente así, los precios de las acciones pueden empezar a subir de manera insostenible, contribuyendo a crear un ambiente financiero y económico inestable. Con todo, es cierto que en las economías modernas los niveles de producción no pueden restringirse tan rigurosamente a corto plazo, como solía hacerse cuando amplios segmentos de la producción correspondían a instalaciones como los viejos altos hornos de hogar abierto, con una capacidad prevista que no podía excederse durante mucho tiempo sin que se produjera una avería. Por el contrario, la analogía apropiada hoy en día es un tope flexible que puede alzarse cuando se requiere pero que, cuando la presión aumenta, disminuye el grado de flexibilidad. Es posible que la economía exceda el llamado potencial durante un tiempo sin consecuencias adversas aumentando el número de horas de trabajo, postergando los trabajos de mantenimiento y renunciando a proyectos de más largo plazo. Además, conforme se expande el comercio mundial, el acceso a fuentes extranjeras de suministros aumenta la flexibilidad de las instalaciones productivas nacionales.

Los grandes indicadores, como la tasa de desempleo y la utilización de la capacidad, pueden ser indicio de incipientes problemas de inflación e inestabilidad en el precio de las acciones, pero no pueden ser determinantes. La historia demuestra con claridad que niveles dados de utilización de recursos pueden ir asociados a una amplia gama de tasas de inflación. Conforme a esto, los artífices políticos deben controlar

el desarrollo de manera continua para juzgar cuándo el potencial económico empieza realmente a estar bajo presión, al margen de dónde estén las actuales tasas de desempleo o utilización de capacidad. Si intentamos por todos los medios eludir la inestabilidad antes de que ésta empiece a debilitar el crecimiento económico, las pruebas directas del proceso en gestación son esenciales. Por consiguiente, se debe mirar más allá de los grandes indicadores para evaluar las tendencias inflacionarias.

En este entorno, las medidas globales de presión en los mercados de mano de obra y productos parecen estar validadas por mejores indicadores estadísticos y puntuales de tensiones. En el sector industrial, por ejemplo, los directores de compras informan de mayor lentitud en las entregas de suministros y de una creciente escasez de materiales. Estas presiones se reflejaron en la brusca subida en 1994 de los precios de las materias primas y los componentes intermedios. Cada vez llegan más informes de empresas que piensan subir los precios de los artículos finales para compensar ese incremento de costos. En el mercado laboral, los informes puntuales de escasez de trabajadores se han hecho más comunes y hay vagos signos de presiones al alza sobre los sueldos. No obstante, un signo de esperanza al respecto es que, hasta la fecha, se ha contenido la tendencia a la expansión monetaria y crediticia.

Pese a la marcada mejora de la confianza global del consumidor, las encuestas sobre su punto de vista o las dificultades para encontrar trabajo distan mucho del punto álgido del ciclo anterior, en 1989. Además, hay pruebas de que el número de personas que dejan voluntariamente su trabajo es ínfimo en la actualidad. Esto hace pensar que no se ha disipado el tan arraigado temor de perder el trabajo.

Algunos analistas atribuyen este fenómeno a la preocupación de los trabajadores por perder el seguro médico y, para algunos, la pensión, si cambian de empleo. Sea cual sea la causa, la persistente sensación de inseguridad ha sido, sin duda, un factor que ha frenado la subida de los sueldos y los costos globales de la

mano de obra. Puesto que esto último, sobre una base consolidada, representa más o menos dos tercios de los costos globales en nuestra economía, la lenta subida salarial, junto con un fuerte aumento cíclico de productividad, han frenado el alza de los costos laborales unitarios y de los precios de los bienes y servicios.

Sin embargo, conforme el crecimiento global necesario de la producción se *ralentice* en un ambiente de alta utilización de recursos, crecerá la productividad cíclica. Además, si la rigurosidad del mercado mitiga el miedo de perder el trabajo, las presiones para subir los sueldos se intensificarán y los costos laborales unitarios pueden acelerarse.

Así, es posible que estas presiones desencadenen un deterioro en los precios a corto plazo que debería contenerse si la Reserva Federal está alerta.

No puede haber dudas de que la persistencia de un gran déficit federal representa un riesgo. Aunque lo hemos evitado en los últimos años, la historia está llena de ejemplos de presiones fiscales que conducen a excesos monetarios y, más tarde, a una mayor inflación.

Sin embargo, la influencia del desequilibrio fiscal del gobierno federal sobre la formación de capital es aún mayor. El déficit federal agota gran parte de los recursos, lamentablemente pequeños, del ahorro privado nacional, contribuyendo, quizá en mayor medida, a la subida de los tipos reales de interés en la economía estadounidense.

Hay que reconocer que hay algo de incertidumbre en torno a las causas de lo que parecen ser tipos reales altos a largo plazo en todo el mundo, pero analistas opinan que el déficit federal y el crecimiento previsto de Estados Unidos en los próximos decenios son elemento significativo en la cuestión.

En síntesis, los resultados han sido alentadores, pero gran parte de la mejora se debe a una mejor evolución cíclica, y todos tenemos un trabajo que hacer si queremos ampliar esos beneficios y fomentar tendencias de largo aliento. Hoy en día, la tarea fundamental de la Reserva Federal es asegurar que la economía siga por una senda no inflacionaria. 